

Un ramo de acacia

En la tenida blanca de su Logia masónica, en memoria del h.º Rogelio Fernández Güell.

He recibido un mandato de mi madre Logia, la Logia Regeneración N.º 1, de representarla en este acto solemne, y gustoso cumplo con él; si mis palabras no satisfacen los anhelos de mis hermanos, en descargo de lo pobre de mi trabajo, sirva la inmensa riqueza de cariño que he puesto al servicio de la realización del deseo por ellos expresado.

Dos años hace hoy apenas que el hermano Rogelio Fernández Güell, cual un modesto Goethe que al morir pidió al mundo: «Luz, más luz», llegó del ambiente profano en que vivía a llamar fervorosamente a nuestras puertas, y al preguntarle qué pedía de nosotros, repitió aquellas palabras que son divinas orquestaciones del espíritu: Luz, más luz!

Hombre avezado en las más altas luchas del pensamiento, ingresó a nuestra sacrosanta institución a prestar el juramento de defender, aun a trueque de su sangre misma, los principios de la libertad y la justicia, que según Pitágoras son la gran divinidad de los imperios, la sola providencia de las naciones, el diapasón de todas las virtudes. Rogelio murió con el deseo de dar a sus compatriotas la Astrea de los tiempos primitivos, la Tenis de los hombres con su balanza en la mano, la verdad de los Dioses.

Los principios de la institución masónica, la institución por excelencia, vivían en el hermano Fernández Güell, mucho antes de haber sido recibido franc-masón; dedicado a las supremas investigaciones del espíritu, en cuyo campo ya había conquistado lauros inmarcesibles, no encontró

gran disparidad entre su vida profana y la masónica que en adelante llevaría: de antaño fue un másón consumado, pues siempre consideró nuestras orientaciones como la gran alianza universal de fines filantrópicos y progresistas; la asociación que por los lazos invisibles, pero reales en planes superiores, une a los hombres de todas las razas, de todas profesiones, de todas las direcciones del pensamiento.

De ideas muy semejantes a las de Voltaire, evoco en estos momentos su nombre, por tener gran similitud estos dos hermanos en lo que respecta a su vida masónica: ambos lucharon abiertamente, en todos los instantes de su vida, contra el fanatismo y contra la tiranía; ambos, llegaron a la Logia a encontrar un núcleo de hombres que tal vez con desigualdad intelectual con ellos, iban acordes en la defensa de los mismos principios. La noche de la iniciación del querido hermano Fernández Güell, bien pudo haberse dicho lo que expresó un hermano en la noche en que Voltaire ceñía en su cintura el símbolo eterno del trabajo, en albo mandil del constructor. «Es para nosotros la lección y no para él». En verdad la humildad de Rogelio lo llevó hasta pedirnos luz, cuando su mente y su corazón eran faros luminosos que señalaban a sus compañeros, a muchos pasos adelante, los tropiezos del sendero.

Iniciado Voltaire, y llegado el momento de recibir de manos de Lalande el emblema del trabajo, aquel mandil que había usado Helvetius, lo apretó frenéticamente entre las suyas y espontáneamente lo llevó a su boca para darle el beso que en aquellos instantes expresaba la honra con que iba a usar aquella joya usada por uno de los mejores masones de la época. También el hermano Fernández Güell, con aquel cariño que sentía por lo bueno de la vida, por aquella sinceridad que siempre fué la predominante de sus actos, se colocó su mandil, ratificando entonces la promesa empeñada de defender, aun a trueque de su sangre misma, los altos ideales sustentados por la masonería.

Estos dos hermanos muy pronto llegaron a hacer de la Logia su centro de meditaciones, y sensible es que uno y otro no permanecieran sino cortos meses como obreros incansables del Taller; al primero, a quien la Logia NEF SOEURS le dió su abrazo fraternal en medio del más sincero júbilo, pocos meses después colocaba sobre su féretro la emblemática rama de acacia; al segundo, a quien de igual modo dió su abrazo fraternal la Logia Hermes N.º 7, pocos meses después colocaba, también sobre su féretro, la acacia inmarcesible. Rogelio, cumpliendo el juramento empeñado en ocasión solemne, bajó a la tumba ultimado por el despotismo sangriento.

Tanto se ha dicho de la labor realizada por el hermano Fernández Güell, en todos los ramos de la actividad intelectual, ya como poeta sentimental, ya como prosista eminente, ya como predicador político de alta talla, ya como propagador de las ideas del verdadero patriotismo, que en verdad no sería yo quien pudiera añadir una sola palabra a los escritos hechos en memoria suya; pero sí quiero tejer un nuevo manojó de pensamientos para que los reciba allá en las esferas infinitas desde donde contempla todas las ingratitudes de la vida, desde donde ve las pequeñeces del mundo más diminutas aun, por el contraste que resulta por la comparación con la grandeza y sublimidad del universo.

Q.: H.: Los misterios de la franc-masonería, que en abierta lucha contra el conservatismo de todas las épocas de la historia se han ido trasmitiendo de generación en generación por medio de alfabeto mudo y perdurable de los símbolos, de esos medios de expresión visibles únicamente para aquellos ojos que saliendo de las cóncavas de la materia llegan hasta la visión hermosa del espíritu, fueron perfectamente comprendidos por vos, que con vuestro acto, heróico trasmutasteis vuestro cuerpo perecedero, vuestro nombre sencillo, en signo masónico que las posteridades, ya masonas o profanas, tendrán la tarea de interpretar, de siete maneras distintas, para desentrañar la enseñanza que condensa vuestra memoria, a fin de difundir.

la entre los que quieran llegar a comprender la grandeza de la patria.

El juramento prestado por vos de verter vuestra sangre en defensa de los ideales sustentados por la masonería, fue cumplido fielmente; en un momento precioso de vuestra vida llegásteis a ser verdadero guardián de la palabra; por eso, el rojo de esa sangre ennoblecida contemplado desde de lo alto por el lapizlázuli del cielo y coronada con la blancura de las nubes, forman al pabellón glorioso que ha de cubrir eternamente vuestra memoria. Aquella tumba humilde en que posa el cuerpo mutilado, humedecida por el llanto entrecortado de la noche, que percibe el sollozo prolongado de los vientos al acariciar tiernamente las frondas del bosque; que es saludada cada mañana con el trino delicado de las aves, el murmullo del arrollo que corre veloz hacia los mares, y el vivo rayo de sol naciente, hace de aquel caro lugarcito sitio delicioso allá en la lejanía, delicioso, sí, por que no es triste morir en defensa de la patria. Es muy posible que vos, hermano, que tenéis alma de poeta, al ver en los momentos de agonía el cuadro fúnebre de una madre, de una esposa que iba a quedar sin vuestra compañía, mentalmente trasmitieras como último mensaje el final de aquella estrofa de Belmonte: «para la patria tengo sangre y tengo vida; para ustedes tengo el cariño de mi alma».

ANDRÉS BOZA CANO
